

CAPÍTULO VEINTISIETE

aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecieron bien lo que Sancho Panza decía, y así, determinaron de aguardarle hasta que volviere con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando a los dos en una poza donde corría un pequeño y manso arroyo, a quien hacía sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el calor muy grande; la hora, las tres de la tarde; todo lo cual hacía al (sic) sitio más agradable, y que convidase a que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando pues, los dos allí, resguardados y a la sombra llegó a sus oídos una voz que, sin acompañarla con de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco a poco se admiraron, por parecerles que aquél no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase. Porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de vacas extremadas, más son escasecimientos de poetas que de verdades; y más cuando advertieron que lo que están cantar eran versos, no de

②

CAPÍTULO VEINTISIETE

rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron éstos:

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes

¿Y quién aumenta mis dolos?

Los celos

¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia

De ese modo en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor

¿Y quién mi gloria repugna?

Fortuna

¿Y quién consiente en mi duelo?

El cielo.

De ese modo yo recebo
muerte de este mal extraño,
pues se aumentan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor, ¿quién le alarma?

Mudanza

Y sus males, ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz
y la destreza del que cantaba causó
Admiración y contento en los dos ojen-
tes, los cuales se estuvieron quedos, esperando
si era alguna cosa oír; pero viendo
que duraba algún tanto el silencio,
determinaron de salir a buscar el músico
que con tan buena voz cantaba. Y
queriéndolo poner en efecto, hizo
la misma voz que no se moviesen,
lo cual llegó de nuevo a sus oídos,
cantando este soneto.

④

CAPÍTULO VEINTISIETE

SONETO

Santa amistad, que con ligeras alas,
tu apariencia quedándose en el suelo,
entre benditas almas en el cielo
subiste alegre a las empíreas salas:
desde allí, cuando quieras, nos señalas
la justa paz cubierta con un velo,
por quien a veces se trasluce el celo
de buenas obras que a la fin son malas.
Deja el cielo, ¡oh amistad!, o no permitas
que el engaño se vista tu librea,
con que destruye a la intención sincera;
que si tus apariencias no le quitas,
presto ha de verse el mundo en la pelea
de la discordia confusión primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron a esperar si más se cantaba; pero, viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando, al volver de

CAPÍTULO VEINTISIETE

Una punta de una peña, vieron a un hombre del mismo Talle y figura que Sancho Panza les había pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vio, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos a mirarlos más de la vez primera, cuando de improviso llegaron.

El cura, que era hombre bien hablado, como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido, se llegó a él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y persuadió que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan a menudo le sacaba de sí mismo; y, así, viendo a los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse por algún tanto, y más cuando oyó que le habían hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el cura le dijo así lo dieron a entender; y, así, respondió de esta manera:

- Bien veo yo, señores, quienquiera que seáis, que el cielo, que tiene cuidado de socorrer a los buenos, y aun a los malos muchas veces, sin yo merecerlo me

CAPÍTULO VEINTISIETE

Enuía, en estos remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme de ésta a mejor parte; pero, como no saben que yo que en saliendo de este daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flojos discursos, y aún, lo que peor sería, por de ningún juicio. Y no sería maravilla que así fuese, porque a mí se me trastuce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que, sin que yo pueda ser parte a estorbado vengo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo a caer en la cuenta de esta verdad cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé más que dolerme en vano y maldecir sin provecho mi aventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa de ellas a cuantos oieren; oírlos, porque viendo los averdos cuál es la causa no se maravilla de los defectos, y si no me dieran

CAPÍTULO VEINTISIETE

Remedio, a lo menos no me darán culpa, convirtiéndoles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotras, señores, venís con la misma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuasiones os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá, después de entendido, ahorrareís del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio o consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia, casi por las mismas palabras y pasos que la había contado a don Quijote y al caballero pocas días atrás, cuando, por ocasión del maestro Elisabat y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro a la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado. Pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura y le dio lugar de contarlo hasta el fin; y, así llegando al paso del billete que había hallado don Fernando entre el

CAPÍTULO VEINTISIETE

libro de Amadís de Gaula, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria y que decía de esta manera:

LUSCINDA A CARDENIO

Cada día descubro en vos valores que me obligan y fuerzan a que en más os estime; y, así, si quisieredes sacarme de esta deuda sin ejewtarme en la honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo, que os conoce y que me quiere bien, el qual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como deus y como yo creo.

- Por este billete me moví a pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y éste fue por quien quedó Luscinda en la opinión de don Fernando por una de las más discretas y amasadas mujeres de su tiempo; y este billete fue el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efectuase. Díjele yo a don Fernando en lo que reparaba al padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo qual yo no le osaba decir, temerso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la colidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino

CAPITULO VEINTISIETE

Porque yo entendía de él que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacía conmigo. En resolución, le dije que no me aventuraba a decírselo a mi padre, así por aquel inconveniente como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que yo desease jamás había de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando que él se encargaba de hablar a mi padre y hacer con él que hablase al de Lusinda. ¡Oh Mario ambicioso, oh Catilina cruel, oh Sira facinoroso, oh Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué deservicias te había hecho este triste que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice? ¿Qué palabras te dije, o qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados a acrecentar tu honra y tu provecho? Mas ¿de qué me quejo, desventurado de mí, pues escasa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despendiéndose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenir las pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios poderosas para.

CAPÍTULO VEINTISIETE

alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese dondequiera que le ocupase, se había de encontrar, como suele decirse, en tomarme a mí una sola oveja que aún no poseía? Pero quédense estas consideraciones aparte, como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que, pareciéndole a don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme a su hermano mayor, con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria, y sólo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dānado intento, el mismo día que se ofreció hablar a mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Rude yo prevenir esta traición? ¿Rude por ventura caer en imaginarla? No, por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí a partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Lucinda y le dije lo que con don Fernando, que procurase volver presto, porque, y que tuviese firme esperanza de que tendrían efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan segura ~~como~~ yo de la traición de don Fernando, que procurase volver presto, porque creía que no tardaría más la conclusión de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé qué se fue, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado de este nuevo accidente, hasta allí jamás en ella

CAPÍTULO VEINTISIETE

visto, porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento.

Volvíame ella al recambio, alabando en mí lo que, como enamorada, le parecía digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y a lo que más se extendía mi desenvoltura era a tomarle, casi por fuerza, una de sus bellas y blancas manos y llevarla a mi boca según daba lugar la estrechez de una baja reja que nos dividía. Pero la noche que precedió al triste día de mi partida ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Escudilla; pero, por no destruir mis esperanzas, todo lo atribuí a la fuerza del amor que me tenía y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros endiosos que me mostraba el triste suceso y la desventura que me estaba guardando. Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas

CAPÍTULO VEINTISIETE

al hermano de don Fernando, fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien a mi disgusto, ocho días y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribía que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fue invención del falso don Fernando, pues no le saltaban a su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue éste que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en la ausencia de Lucinda, y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero, con todo esto, obedecí, como buen criado, aunque veía que la pla de ser a costa de mi salud. Pero, a los cuatro días que allí llegué, llegó un un hombre en mi busca con una carta que me dio, que en el sobrecito conocí ser de Lucinda

CAPÍTULO VEINTISIETE

porque la letra de él era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que la había movido a escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacía. Pregúntele al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que había tardado en el camino; díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad a la hora del mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha prisa le dijo: "Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que enca minéis luego luego esta carta al lugar y a la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio a Nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo". "Y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venían atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esa carta que os he dado. Y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba. Y, así, viéndome

CAPÍTULO VEINTISIETE

Tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traerla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos a quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no farme de otra persona, sino venir yo mismo a dárosla, y en diez y seis horas que ha que se me dio he hecho el camino, que sabéis que es de diez y ocho leguas."

»En tanto colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podía sostenerme. En efecto, abrí la carta y vi que contenía estas razones:

La palabra que don Fernando os dio de hablar a nuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido más en su gusto que en nuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que quiere, con todas veras, que de aquí a dos días se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan

CAPÍTULO VEINTISIETE

a solas, que sólo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo; si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien o no, el suceso de este negocio os lo dará a entender. A Dios plega que ésta llegue a vuestras manos antes que la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

» Éstas, en suma, fueron las razones que la carta contenía y las que me hicieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido a don Fernando a enviarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues, casi como en vuelo, otro día me puse en mi lugar, al punto y hora que convenía para ir a hablar a Luscinda. Entré secreto y dejé una mula en que venía en casa del buen hombre que me había llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé a Luscinda presta a la reja testigo de nuestros amores.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Conociome Luscinde luego, y conocila yo, mas no como debia ella conocerme y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno, por cierto. Digo, pues, que así como Luscinde me vio me dijo: "Cardenio, de boda estoy vestida; ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el cual si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin a mi vida y que podrá principio a que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo". Yo le respondí turbado y aprisa, temeroso no me faltase lugar para responderla: "Hayan, señora, tus obras verdaderas tus palabras; que si tú llevas daga para acreditarlas,